

que son gente práctica, se han guardado bien de esas reformas, que pierden á los pueblos; entre ellos, no existe constitucion escrita, si bien no hay ninguna que sea mas positiva, lo cual les permite reformarse poco á poco. Esto se parece al cuento del cuchillo de Jeannot que cambia cada diez años, sea la hoja, sea el cabo, quedando siempre el mismo. ¡Ventaja inmensa de la Inglaterra, pues nunca deja de tener cuchillo y constitucion! ¡Ventaja grande de la historia, pues nos enseña á aprovecharnos de la experiencia de los demas pueblos, y á dudar un poco de nuestra sabiduría é infalibilidad! En Francia adolecemos de un espíritu peligroso del cual es forzoso nos corriamos. La revolucion fué una gran cosa; ella cortó enormes abusos, abolió privilegios detestables, se defendió heroicamente contra el extranjero. De aquí ha nacido que para nosotros encierra algo de sagrado y de religioso. Respetemos el valor y la abnegacion de nuestros mayores; no seré yo quien aconseje lo contrario, convencido como estoy de que el sentimiento del respeto es el mejor de cuantos abriga el alma de un pueblo. Siéntase en buena hora el deseo de amnistiar los errores y las faltas de nuestros padres, acrimínese á los tiempos; comprendo este sentimiento que no es el mio; temeroso siempre de que esa amnistia del pasado no sirva de estímulo al porvenir; pero lo que no admito, lo que vitupero, es el culto que hoy profesamos á la revolucion. No hay nada mas peligroso que la idolatría del pasado; en nuestros dias hay un partido que se denomina democrático, que tal vez se cree liberal, y cuya ciencia no consiste en otra cosa mas, que en cultivar una fé ciega por la revolucion. Siempre que se trata de hacer una reforma, ántes de preguntar si es justa y buena, se pregunta ¿qué se hizo en 1793? Merced á ese culto singular, se comete una falta tras otra, se incurre en error sobre error. ¿Quereis seguir ese camino? Pues bien, iréis á parar á lo que sucedió en 1848. La ciencia política es tan cierta como las ciencias naturales: no se puede incurrir en las mismas faltas sin sufrir iguales consecuencias. Pertenezcamos á nuestra época, porque esta es la primera condicion del progreso. Es menester que un pueblo viva su propia vida, que estudie la historia para instruirse y no para imitar. Deshagámonos de los ídolos peligrosos y vanos; el Dios que adoramos es el padre de la verdad y de la justicia; á Él solo debemos reconocer y adorar.

LECCION IX.

ALEJANDRO HAMILTON.

SEÑORES:

La convencion que debia dar al pueblo americano una Constitucion, se reunió en Filadelfia el 14 de Mayo de 1787. Washington fué nombrado presidente, por unanimidad.

Antes de hablaros de las cuestiones que en ella se discutieron, quiero haceros conocer sus miembros mas importantes, los hombres á quienes cupo la gloria de fundar el edificio que durante setenta años ha protegido la fortuna de América, y esto es tanto mas necesario, cuanto que la vida política difiere mucho de la teatral. En el teatro es preciso conocer la pieza ántes de juzgar á los actores; miéntras que en la vida política los actores son autores al mismo tiempo. Antes de asistir al drama, es preciso saber qué ideas llevan, qué sentimientos les animan, qué principios se proponen hacer triunfar.

De Washington creo que nos hemos ocupado lo bastante para conocerlo; quisiera dedicar la leccion de hoy al hombre que, despues de él, ha ejercido mayor influencia en la organizacion política de los Estados-Unidos, á Alejandro Hamilton.

Este personaje es poco conocido en Francia; en la misma América no se le hace completa justicia.

Las ideas que prevalecieron despues de la presidencia de Washington y de su sucesor, no son las que defendió Hamilton. El partido político que ha dirigido los negocios le ha tratado con poco favor, y por

mas honroso que sea el nombre que ha dejado, no se aprecia en su justo valor á uno de los hombres mas aventajadamente dotados que ha producido el mundo, y sobre todo, á uno de los mejores servidores de la libertad.

Alejandro Hamilton nació en Nevis, la perla de las Antillas, el 11 de Enero de 1757. Su padre era escocés, oriundo de una rama de la gran familia de los Hamilton. Su madre, de origen francés, descendía de una familia hugonota, á la cual la revocacion del edicto de Nántes obligó á salir de Francia; se apellidaba Faucette.

Siendo jóven aún, perdió á su madre; sin embargo, parece que esta ejerció sobre él grande influencia, y que á ella debió el conocimiento del idioma materno: ciertos rasgos del carácter de Hamilton revelan por otra parte su origen.

Su padre se arruinó y lo envió á la edad de doce años á la pequeña isla de Santa-Cruz, como dependiente de una casa de comercio. Se conservan algunas cartas suyas, escritas en esa edad, que encierran pasajes curiosos. «No quiero continuar en la triste condicion de dependiente: Yo quiero ser algo, dice; esta es una ambicion legítima, cuando no se piensa sacrificar el honor á la posicion; bien sé que hago castillos en el aire; pero muchas veces los sueños se convierten en realidades, cuando el soñador es constante. Quisiera que estallase una guerra.»

Verdadero sueño del niño, que buscaba lo desconocido al mismo tiempo que aprendía la teneduría de libros; talento modesto que (sea dicho de paso) debia servir mas adelante al primer ministro de hacienda que tuvieron los Estados-Unidos.

Convencido de que no es posible ser algo sin el estudio, Hamilton sacrificaba sus horas de sueño para darse una educacion completa. Las matemáticas, la química, la literatura, la historia, todo interesaba á ese ambicioso de doce años. Mostraba tal facilidad, que no faltó quien se interesase por él: parientes y amigos pensaron seria conveniente enviarlo á América, al continente, para que completase sus estudios.

En 1772, á los quince años de edad, llegó á Nueva-Jersey: aunque americano de nacimiento, como en la guerra de la independencia todas las Antillas inglesas hacian votos por la causa comun, la circunstancia de no ser del continente, fué para él causa de desfavor y debilidad, puesto que le faltaron esas alianzas influyentes, esos recuer-

dos del pasado, que concurrieron al éxito de muchos que le eran muy inferiores en ingenio y abnegacion.

En el colegio de Nueva-Jersey tuvo por maestro á un tal Francisco Barber, que se distinguió mas tarde como oficial durante la revolucion. A fines de 1773 se le envió á Nueva-York, á King's College (hoy Columbia College). Practicaba como estudiante de medicina, sin descuidar las letras, y desde el principio de sus estudios dió pruebas extraordinarias de ingenio y de carácter.

Era apenas un jovencito, casi un niño, y ya su chispa y su elocuencia le hacian notable. Cuando comenzaron las primeras agitaciones, salia con frecuencia del colegio para hacer de orador popular y no era por cierto de los que recogian ménos aplausos.

En 1774 se reunió el primer Congreso revolucionario: la gran cuestion se cifraba en saber si se romperian bruscanente los lazos que ligaban á la América con la Inglaterra, ó si era preferible tentar una resistencia pacífica, cesar las relaciones comerciales con los ingleses, estrechándose por el lado del interes, forzándolos de esta manera á ceder á las exigencias de la América. El país ardía, por todas partes se publicaban folletos, anónimos en su mayor parte, ó mejor dicho, seudónimos; habia unos firmados por *Bellator*, otros por *Pacificus*: se contaba mas bien con la influencia del raciocinio que con la del nombre.

Existian dos partidos: el de los exaltados que querian la guerra, y el de los moderados que pedian se insistiese hasta el extremo en la idea de conciliacion, y en que no se lanzase al país en la guerra, si no habia una necesidad absoluta.

Entre estos, uno de los mas notables era el titulado: *Simple defensa de las medidas propuestas por el Congreso*. Su autor reclamaba vigorosamente los derechos inalienables de las colonias: el de representacion, el voto del impuesto, el jurado: este era el tema favorito; pero apoyaba ademas la necesidad de favorecer el desarrollo de la industria, para prescindir de la Inglaterra; y en una epoca en la cual no se beneficiaba todavía el algodón, el folleto indicaba esta industria como llamada á enriquecer en pocos años las provincias meridionales, facilitando á las colonias el poder prescindir de la metrópoli.

Este folleto, redactado con tanta moderacion por un hombre que se anticipaba al porvenir, fué atribuido á M. Jay, gefe del partido mo-

derado de Nueva-York. No era sin embargo escrito por él. *El vengador del Congreso*, como designaban al autor, la inteligencia madura que lo habia producido estaba aún en los bancos del colegio; era Alejandro Hamilton, muchacho de diez y siete años.

El siguiente año (1775), cuando se hizo pública la jornada de Lexington, primer encuentro en el cual se virtió sangre americana, Hamilton, que no se ocupó de otra cosa sino de la guerra, halló muy del caso organizar una compañía en el colegio mismo. La tropa se dió un bello nombre, *los corazones de encina*. El uniforme consistia en una casaca verde, sombrero de cuero, y la divisa *¡Libertad ó muerte!* Hamilton combatió toda su vida, con la palabra, con la pluma ó con la espada.

En Marzo de 1776 era capitán de una compañía provincial. Como sabeis, existia entónces un ejército continental sostenido por el Congreso, además de las tropas provinciales organizadas por las colonias. Hamilton era capitán de artillería á los diez y nueve años. El general Green, al pasar una revista, observó una batería muy esmerada y que maniobraba con rara habilidad, y desde luego la recomendó á Washington. Esa batería era mandada por un niño que parecia dotado de una gran pasión por el oficio de las armas; probó muy luego que tenia algo más que pasión por la guerra, y en una peligrosa retirada de Long-Island á Trenton y á Princetown mostró una pericia militar y una energía tales, que le hicieron notable á tal punto, que Washington le eligió para ayudante de campo con grado de coronel.

Coronel á los veinte años, ayudante y confidente de Washington, se mostró siempre á la altura de su posición. Su bravura le valió muy pronto en el ejército el nombre de *el leoncito*; por lo que respecta á Washington, que era veinticinco años mayor que él, no le daba otro nombre que el de «mi hijo,» *my boy*, y le profesaba un cariño paternal: así fué que, mientras duró la guerra, no se separó del general, permaneciendo en la familia de este hasta 1781, cuando la paz era ya cosa segura.—Se le confiaron muchas comisiones de confianza, en las cuales se hizo notar por su prudencia y por su valor á toda prueba. En el sitio de York Town, se distinguió bajo las órdenes de La Fayette. Este general mandaba las tropas americanas, y el general Viomesnil las francesas. Grande era la emulación que reinaba entre ambas: los

americanos habian recibido la orden de asaltar un reducto; los franceses otro. M. de Viomesnil, con esa confianza que constituye la fuerza de los franceses, pero que tambien los hace á veces desagradables, aun á sus aliados, preguntó á La Fayette cómo pensaba apoderarse del reducto. A la bayoneta, contestó este; M. de Viomesnil se sonrió. Hamilton se apoderó de la posición enemiga y entró el primero al reducto. Una vez tomado, La Fayette, con maligna simplicidad, envió al coronel Gimat á decir á M. de Viomesnil si queria que los americanos, que ya estaban desocupados, ayudasen á los franceses á concluir su tarea. Dad las gracias al general, replicó M. de Viomesnil, y decidle que dentro de cinco minutos estarémos dentro del reducto. Así sucedió en efecto.

Hamilton se encontró al mismo tiempo en posesión de la confianza de La Fayette y de Washington; del vínculo entre la América y la Francia. Cuando esta envió sus soldados á América, la gran preocupación de Washington consistia en saber cómo podrian acomodarse los veteranos franceses con las milicias americanas. Era aquel un plantel de excelentes tropas bien pagadas y bien alimentadas; entre los oficiales, muchos habian servido durante la guerra de siete años: esas tropas iban á encontrarse al lado de las americanas, que no descollaban ni por la riqueza de los oficiales ni por la regularidad de las maniobras, y que estaban además mal vestidas, mal alimentadas y mal equipadas.

Washington temia que esos oficiales llegados de Versalles tuviesen en ménos á soldados que contaban con mayor valor que apariencia. Nos conocia mal; llegado el momento de la prueba, se convenció de que los franceses eran los mejores aliados, los mejores camaradas del mundo.

Sin embargo, bueno era tener entre ambos ejércitos á alguien que supiese amortiguar los choques posibles. Luis XVI habia tomado sus medidas para evitar que los franceses se diesen sobrada importancia, ordenando que sus tropas no fuesen consideradas sino como una división del ejército americano, bajo las órdenes de Washington. No obstante, era prudente hubiese entre ambos ejércitos un intermediario que se explicase bien en frances. Encomendóse á Hamilton esa comisión, y su buen humor, su franqueza, sus maneras caballerescas, agradaron en sumo grado al ejército frances, cuya amistad le fué fiel hasta el último momento. No solo de esa manera sirvió á Washington. Como el

general mantenía una correspondencia no interrumpida con cada una de las colonias, necesitaba un secretario que le preparase las contestaciones. Hamilton fué encargado de ello, y entre las cartas de aquel, que aun se conservan, sin duda se hallan muchas redactadas por su secretario. Durante veinte ó veinticinco años no se separó de Washington ni un instante, formándose entre ambos una afección nunca desmentida.

En 1780 una nube se interpuso entre ambos, cosa que ocurre entre los mejores amigos. Washington, que era muy susceptible en cuanto al respeto que se le debía, se quejó de que su ayudante le hubiese hecho aguardar diez minutos en una escalera. Esto motivó un disgusto, á consecuencia del cual Hamilton creyó que era mejor retirarse. Por otra parte, se había casado el año anterior con la hija del general Schuyler, de origen holandés, dama respetable que debía sobrevivirle cerca de cincuenta años. En 1852 vivía todavía, á la edad de noventa y cuatro años.

Hamilton no tenía fortuna: como sabeis, los oficiales no habían recibido sueldo durante la guerra; la mayor parte de ellos se habían adeudado y arruinado en servicio de la patria, Hamilton quiso crearse una posición independiente; con esa facilidad de cambiar de profesión peculiar á los americanos, se hizo abogado en Nueva-York. En el foro se encontró con varios compañeros de armas que, después de firmada la paz, se consagraron al estudio del derecho y abogaban como él: la toga reemplazaba á la espada.

Su casamiento le había arraigado en el país, era entendido en materia de negocios, hablaba con calor, y muy pronto llegó á ser uno de los mejores abogados de la ciudad, con crédito suficiente para que le enviase al Congreso la ciudad de Nueva-York en 1782.

Aquí es donde empieza el segundo acto de su vida política. El primer período lo había pasado en la guerra; iba á ser legislador en el siguiente. A su entrada al Congreso se encontró con una situación difícilísima: era el momento en que el ejército reclamaba sus sueldos. La paz se aproximaba, las cuentas de los oficiales no estaban liquidadas; inminente era un motin y aun la guerra civil. El gran mérito de ese hombre consiste en haber sido el primero que comprendió semejante situación, señalándosela á Washington, é indicándole también con

el título que para ello le daba la amistad, la línea de conducta que convenía adoptar para evitar funestos resultados. Conservamos sus cartas y vemos que en aquella ocasión Washington siguió al pié de la letra los consejos del jóven que reunía tanta energía como prudencia.

Hamilton fué el defensor de sus camaradas ante el Congreso; pero para poder hacerlo sin que se le echase en cara que abogaba en causa propia bajo el pretexto de defender los intereses comunes, declaró que renunciaba á toda reclamación por su parte. Hizo valer los servicios de esos hombres que se habían sacrificado por la América, pidiendo al Congreso que reconociese sus reclamaciones. Larga fué la lucha, y una vez que estalló el motin, no faltó quien pretendiera que Hamilton lo había promovido, ó por lo ménos que lo había aprobado.

El derecho de los oficiales no fué reconocido, el Congreso no se decidió á hacer justicia sino en el momento del peligro: si hubiese escuchado á Hamilton á tiempo, la historia no conservaría el recuerdo de semejante ingratitud.

Reconocida que fué la deuda militar, quedaba en pié otra cuestión no ménos grave: ¿cómo se pagaría esa deuda? Faltaba dinero, solo había asignados, el país se hallaba amenazado de una bancarota; era preciso que algun financiero ilustrase la marcha del Congreso. Fué Hamilton. Con la prodigiosa facilidad que le permitía afrontar una cuestión y agotarla, propuso al Congreso la consolidación de todas las deudas, tomando la confederación sobre sí la militar y las de los Estados. De esa manera creaba la unidad financiera para llegar con mas seguridad á la unidad nacional. Como complemento necesario á esta medida, Hamilton propuso que el Congreso fuese autorizado para establecer aduanas en todas las costas de América. El medio natural de crear un fondo nacional para hacer frente á una deuda comun, consistía en la unificación de los recursos. La proposición era buena, pero no agradaba al partido democrático, celoso del ejército y que nada quería hacer en favor de los soldados. Así fué que, cuando aquel solicitó la unidad de los impuestos y de las deudas, algunos de los que llegaron á ocupar mas tarde el puesto de presidentes de los Estados-Unidos, dijeron de él, que arrojaba la careta, y lo tildaron de monarquista. El Congreso acogió friamente sus proposiciones, los Estados le rehusaron su concurso. Una alma vulgar habría desmayado; pero

el hombre que no se aveza á la derrota es un pobre político: es preciso saber esperar, y cuando nos dirigimos á la opinion, es necesario estar muy convencido de que dia vendrá en que la razon acabará por triunfar.

Hamilton no desesperó, y cuando aumentó la miseria, cuando los desórdenes interiores la hicieron mas penosa, cuando la nacion empezó á sufrir, apeló al país. De acuerdo con Madison, fué uno de los promotores de esa famosa convencion de Annapolis, que debia reglamentar el comercio interior de América. Llegado que hubo á aquella ciudad, se encontró con las mismas preocupaciones, se apercibió de la impotencia de la convencion, pero con la penetracion propia del estadista, pensó que habia un medio de salvar á la América: dirigirse no ya los Estados, celosos del Congreso, sino al pueblo americano, y demostrarle el medio que aun le quedaba para salvarse por sí mismo. Este fué el objeto del famoso manifiesto de la convencion de Annapolis, redactado por Hamilton. Pedíase en él al país entero nombrara una convencion que debia reunirse en Filadelfia en 1787, para ocuparse de indicar el partido que considerase mas conveniente, y cuyo objeto especial y exclusivo seria remediar los defectos de que adolecia la confederacion: una vez redactado el proyecto de Constitucion, este se someteria á la discusion popular, de modo que el pueblo americano cooperase de esta manera á darse una Constitucion. Nada de violencias ni de subterfugios; un lenguaje verdadero, sincero, una invocacion al pueblo, tal fué el medio empleado, como acabais de verlo.

Este manifiesto produjo un excelente resultado. La Virginia fué la primera que se adhirió á la idea incluyendo á Washington entre los candidatos para la convencion, el cual aceptó el mandato; de esta manera la reunion se verificó en Filadelfia en Mayo de 1787.

Hamilton fué uno de los delegados de Nueva-York: en esa época era uno de los hombres mas distinguidos de la revolucion, y á pesar de su juventud uno de los mejor preparados. Desde 1782, habia sostenido que la América formaba una nacion, y que era preciso hacer un gran pueblo de todas las colonias; así consta de una carta suya que tengo en mi poder. Poseia el genio político.

Un diplomático que juzgaba muy bien á los hombres, aunque por lo general mas en provecho propio que en el de tercero, Talleyrand,

habia conocido á Hamilton en América, y decia que era la persona que mas le habia impresionado en aquel país. Preguntándosele por qué, respondió: «porque ha adivinado la Europa.» Hamilton habia hecho algo de mas extraordinario aún: juntamente con Franklin y Washington habia visto, y visto claramente, el porvenir deparado á la América. No hay uno solo entre los grandes estadistas de la Europa que no se haya equivocado sobre este particular; diré mas, que no siga equivocándose hoy mismo.

La situacion de Hamilton en el Congreso no fué, sin embargo, lo que debia esperarse de un hombre de su mérito. Lo habian afectado particularmente los peligros de la demagogia: era aristócrata á la manera de Washington, queria fundar la libertad sobre la moderacion y la sabiduría, virtudes que son raras entre la multitud: profesaba una aversion profunda á esos tribunos cuyo oficio consiste en agitar al pueblo, en provecho de sus ambiciones miserables. Lo que deseaba mas ardientemente era un poder ejecutivo vigorosamente constituido y un consejo nacional ó Senado, que fuese una especie de aristocracia. Su modelo, su ideal, era hacer algo parecido á la Constitucion inglesa, imaginando que la América ganaria mucho si el presidente fuese nombrado sin término, mientras se condujese bien [*during good be haviour*] y lo mismo el Senado. Se equivocaba: eso equivalia á encerrar en un corsé de fuerza á un pueblo que necesitaba crecer. Un presidente vitalicio habria acabado por ser una especie de rey, y un Senado vitalicio no habria satisfecho á la movilidad, que es esencial á la democracia bien entendida.

A mi ver, Hamilton erraba con la mejor intencion del mundo; pero sus enemigos explotaron ese error, y las preocupaciones que existian contra él se despertaron con mas fuerza que nunca. Convencido de que la opinion era opuesta á sus ideas, no vaciló en abandonar el proyecto que habia presentado, manteniéndose siempre fiel al pensamiento de obtener para las instituciones el máximo de estabilidad que fuese posible. Se le reprochó el querer establecer una monarquía en América, á lo que respondió que queria hacer una república, sin tener la pretension de saber mas que su país; pero que era menester asentar esa república sobre bases muy sólidas, para completar el experimento. Por lo demas, agregaba, si el experimento fracasa, tiempo hay toda-

vía para ensayar otras instituciones, ántes de renunciar á la forma republicana, que es el mas noble de todos los gobiernos.

El papel de Hamilton empieza despues de hecha la Constitucion. No hay cosa mas fácil en este mundo que defender nuestras ideas, porque estas se hallan frecuentemente unidas á nuestras pasiones.

Lo difícil y raro es aceptar una Constitucion política que no es obra nuestra, que no corresponde á nuestras ideas, sin embargo de ser lo que mas conviene al país; por último, sacrificar las convicciones personales en aras del amor al bien público, defendiendo instituciones que no se aprueban por completo. Así procedió Hamilton: convencido de que cualquiera nueva division traeria la ruina del país, se constituyó en defensor de la Constitucion; tarea nada sencilla por cierto. Hecha la Constitucion y aprobada por el Congreso, fué menester hacerla aceptar por trece Estados diferentes, discutirla trece veces, en países que no tenian identidad de ideas, ni de intereses; fué necesario vencer todas esas rivalidades, y á fuerza de razon mantener la armonía entre los ciudadanos todos.

Hamilton emprendió este trabajó con extremada valentía: se asoció con dos individuos, de los cuales uno no participaba de todas sus opiniones, Madison, el cual mas tarde llegó á la presidencia.

Madison pertenecia á una fraccion mas democrática; pero comprendia tambien que la Constitucion era la salvacion del país. El otro aliado de Hamilton fué Jay, que era el corazon y el alma de su jóven amigo.

Los tres patriotas se decidieron á publicar una serie de artículos destinados á sostener y popularizar la Constitucion. Estos han sido reunidos en un libro, intitulado *El Federalista*, que se compone de ochenta y cinco números. Es necesario no engañarse con esta palabra, que en los Estados-Unidos tiene una significacion diversa que entre nosotros. Allí quiere decir Union, mientras que entre nosotros significa relajamiento del lazo central. Hamilton escribió cincuenta y un números con extremado ardor: Jay, que habia empezado á colaborar, fué herido en una asonada en Nueva-York, y se vió obligado á retirarse muy al principio para no aparecer hasta el fin del trabajo. Madison y Hamilton fueron, pues, los principales autores de esta publicacion, que tuvo gran voga y que es una exposicion tan clara de la

constitucion, que hoy mismo es su mejor comentario. El prefacio de ella os dará una idea muy clara de lo que pensaba y queria Hamilton.

«Despues de una experiencia harto elocuente de la impotencia del «gobierno actual, sois llamados á deliberar sobre una nueva Constitu- «cion para los Estados-Unidos. Basta enunciar el asunto para com- «prender su importancia: se trata de la existencia de la Union, de la «seguridad y de la prosperidad de los Estados, de la suerte de un im- «perio, el mas interesante del universo, porque parece que se ha re- «servado á la América el decidir la gran cuestion de saber, si los hom- «bres son capaces de darse un buen gobierno por reflexion y por su «eleccion, ó si por el contrario, están condenados á recibir eternamen- «te su gobierno de manos de la *fortuna ó de la fuerza*. La crisis que «atrasamos es decisiva para este problema: si nos engañamos, nues- «tro error será funesto para la humanidad entera.

«¡Felices nosotros, si la eleccion que hacemos es dirigida por una «sana apreciacion de nuestros intereses bien entendidos, por un juicio «libre y desprendido de consideraciones extrañas al bien público. De- «bemos aspirar á ello, ya que no esperar que así sea. El proyecto que «se os ha sometido á exámen, hiere sobrados intereses individuales, «contraría muchas instituciones locales, para dudar que no sea ataca- «do por una multitud de motivos extraños, por pasiones y preocupa- «ciones poco favorables á la libertad.

«Como sucede en todas las grandes discusiones nacionales, es de te- «mer que la animosidad y las malas pasiones no respeten nada. Al ver «la conducta observada por los partidos, fácil es prever que solo esperan «hacer prevalecer sus opiniones, y acrecentar el número de sus pro- «sélitos, sea por medio de violentas declamaciones, sea por la amargu- «ra de sus invectivas.

«El celo ilustrado en favor de la energía y eficacia del gobierno, «será denunciado como un *crimen de los adictos al despotismo*, de los «*enemigos de la libertad*.

«La inquietud escrupulosa por la conservacion de los derechos del «pueblo, será denunciada como *medio de usurpar una gran popula- «ridad á expensas del bien público*.

«Por una parte se olvidará que la fuerza del gobierno es esencial á «la conservacion de la libertad; que la opinion de los hombres sanos é

«ilustrados considera inseparables estos dos intereses, y que una ambicion peligrosa se oculta mas á menudo, bajo el manto especioso del amor por los derechos del pueblo, que bajo el disfraz poco seductor de celo por el gobierno. La historia nos muestra que el primer camino ha conducido mas que el segundo al despotismo, y que la mayoría de los destructores de las libertades republicanas, han comenzado por ganarse la simpatía popular, principiando por ser demagogos y acabando por ser tiranos.

«Si doy á luz estas reflexiones, conciudadanos, es para ponerlos en guardia contra todos los manejos que se pondrán en accion para hacer prevalecer en las decisiones públicas otras cosas que la verdad y la razon.

«Creo firmemente que vuestro interes está en adoptar la Constitucion: creo que vuestra libertad, que vuestro poderío, que vuestra prosperidad, se hallan interesados en ello.

«No afecto una reserva que no tenga por qué simular. No quiero engañaros con apariencias de duda cuando mi opinion está formada. Confieso francamente mi conviccion, y os diré las razones en que se funda. Cuando se tiene conciencia de la rectitud de las intenciones, el mejor camino es la franqueza.—A este respecto, basta de protestas: mis intenciones son el secreto de mi corazón; juzgad de mis razones; os las presentaré con un valor digno de la causa de la verdad.» ¡Qué firmeza de estilo! ¡Qué lenguaje tan digno para dirigirse á hombres! No faltó quien acusara á Hamilton de aristocracia y de arrogancia. Todo su delito consistia en interponerse entre los partidos. Lo que se perdona ménos á un hombre, es que tenga ideas que le pertenezcan; nada hay mas odioso para los partidos, que un individuo que no adopta todas sus pasiones y se atreve á tener y á defender una opinion propia.

El secreto para medrar en política consiste en gritar con la multitud.—Pero Hamilton era uno de esos hombres que conocen dos clases de popularidad: la del dia presente, la que se obtiene dejándose llevar por la corriente, á riesgo de quedarse en la orilla al dia siguiente, y la popularidad del porvenir, que se alcanza consagrándose á la defensa constante de la justicia y de la verdad. Sola esta seducia su noble corazón.

En *El Federalista* no le es difícil demostrar la necesidad de la Union entre todos los miembros de la confederacion, estableciendo en seguida, con gran claridad y perfecto conocimiento de todas las cuestiones, la necesidad de un poder ejecutivo fuerte, de uno legislativo y de uno judicial, independientes.—*El Federalista* es un verdadero manual de libertad.

Gracias á los esfuerzos de Hamilton y de sus amigos, el Estado de Nueva-York se pronunció por la adopcion de la Constitucion, y su ejemplo fué decisivo.—A Hamilton cupo la gloria de haber contribuido á llevar la Union á su patria adoptiva, siendo elegido luego por Nueva-York como uno de los principales redactores de la Constitucion del Estado, que es una imitacion de la federal.

En 1789 Washington fué nombrado presidente: su primer cuidado consistió en rodearse de personas de su confianza; pero en esto procedió con gran moderacion.—En un gobierno nuevo, al dia siguiente de una revolucion, cuando todo se hallaba aún en suspenso, fué menester contemporizar con los partidos que irian desapareciendo poco á poco con la paz.—Llamó á su gabinete á hombres que profesaban las opiniones mas divergentes, gefes de partido, para que si habia division fuese secreta, para que no se agitase al país ni se conmoviesen las pasiones. Era preciso que el poder ejecutivo, el Senado y la Cámara, diesen á la América el ejemplo de la concordia y de la union. Llamó, pues, á su gabinete á Jefferson, gefe del partido democrático, que pensaba que no se habia concedido bastante independendencia á los Estados, y á Hamilton, que se quejaba de que no se hubiese dado lo bastante al poder central: acompañaban á estos el general Knox y Jay, antiguos amigos de Washington.

El puesto mas difícil en este ministerio, el que exigia mas habilidad y laboriosidad, era el departamento de hacienda; porque en realidad la Union carecia de recursos financieros. Ya no habia crédito, solo existia un papel sin valor, era menester crearlo todo; ardua empresa en un país que carecia de centralizacion, de estadística, de presupuesto. Aquí comienza la tercera faz de la vida de Hamilton. La conducta que habia observado en el Congreso al tiempo de liquidar las pensiones de los oficiales, habia hecho ver á todo el mundo que este hombre que tan entendido era en el ramo de la guerra, era capaz de ser un

buen administrador; así es que Robert Morris, el financiero de la confederacion, le indicó como el único hombre capaz de disipar el caos. En efecto, desde luego emprendió la creacion de un sistema de hacienda americano, obra que habria exigido la vida de un hombre, y que él supo realizar en poco tiempo.

Su secreto era muy sencillo. Pagar era imposible; pero cuando un Estado no puede pagar á sus acreedores, puede por lo ménos darles garantías y poner en sus manos títulos negociables.

La cuestion se reducía á que el precio ofrecido en el mercado no equivaliese á una bancarota para con los acreedores. El gobierno federal no podia encontrar en sus cajas lo que no tenia; pero á fuerza de honradez y de celo podia llegar á restablecer su crédito. Hamilton se propuso desde luego evitar la bancarota, reconocer los títulos tales cuales existian, y satisfacerlos. Esto parece hoy cosa muy sencilla; pero en aquella época no tenia el gobierno á su disposicion sino un papel que perdía ochenta por ciento, y se creía un acto de patriotismo el forzar á los acreedores del Estado á que tomasen á la par ese papel despreciado. Pagar á los acreedores su capital íntegro, era, segun se decia, concederles mas *de lo que tenían derecho á esperar*; era una *dilapidacion*.

Hamilton declaró que era menester pagar íntegramente. Esta simple proposicion fué adoptada con extremada dificultad; necesitóse de toda la influencia de Washington, para que Jefferson se resignase á que la América pagase sus deudas; se reconoció, pues, la deuda íntegra; á su pago se afectaron los derechos de aduana, y fué cosa segura ya que trascurrido cierto número de años, no muy considerable, la América habria liquidado completamente sus deudas.

Ademas, Hamilton no quiso que hubiese deudas particulares en los trece Estados, y como las deudas de estos habian sido contraídas á causa de la revolucion, propuso su unificacion y consolidacion federal. Para los demócratas eso equivalía á invadir las atribuciones de los Estados; nueva cuestion con Jefferson, que confiesa cándidamente que él y Hamilton eran los gallos del ministerio de Washington.

Una vez que se adoptó la proposicion (y lo fué por una corta mayoría), Hamilton quiso restablecer la circulacion metálica, la cosa mas difícil del mundo. El estreno de los asignados es siempre agradable;

como los precios se elevan poco á poco, aparentemente todos se enriquecen, excepto los rentistas, de quienes nadie se acuerda cuando no se les necesita. Error en que incurren hoy en los Estados- Unidos; porque el día en que el cambio es desfavorable, el día en que el cambio baja, entónces es preciso que cada uno liquide su situacion y pierda beneficios imaginarios: esta es una de las pruebas mas peligrosas por que puede pasar un pueblo. Y sin embargo, allá es preciso llegar; porque no hay comercio posible con los pueblos vecinos, sino bajo el pié de la igualdad, y para esto se necesita una medida comun de mercancías, es decir, una medida metálica, ó un papel convertible en verdadera moneda.

Hamilton propuso se restableciese la circulacion metálica, y para conseguirlo fundó el banco de los Estados- Unidos, que fué suprimido cuarenta años mas tarde por celos provinciales, durante la presidencia del general Jackson. Merced á estos esfuerzos, encontró el medio de resucitar el crédito. Los datos que se procuró, las comisiones de que se rodeó, los informes que presentó al Congreso, le grangearon muy luego la reputacion del financiero mas hábil del continente. Su mérito principal fué el de ser teórico y práctico en esa resurreccion financiera. De él data el sistema de hacienda en los Estados- Unidos, cosa que basta para hacer la gloria de cualquier hombre.

Hasta la segunda presidencia de Washington permaneció en el ministerio de hacienda y fué uno de los que pensaron ser necesaria la reeleccion del presidente. Pero una vez reorganizada la hacienda, pidió su retiro del gabinete y salió de él efectivamente en 1795 á los treinta y ocho años. Ministro de hacienda, liquidador de una deuda enorme, consiguió restablecer la fortuna de América; pero se olvidó de hacer la propia. Viendo que el país no lo necesitaba ya, pensó en su numerosa familia y creyó que era tiempo de ocuparse de sí mismo volviendo á ejercer la abogacía. Entró, pues, en la vida privada seguido de la amistad de Washington, que le vió con gran pesar alejarse de la vida pública; tan grande era la amistad que le profesaba; y en prueba de ello, cuando este escribió su despedida á la América, el mas bello testamento que haya legado un magistrado á un pueblo libre, quiso que Hamilton la revisase. Seguramente de parte de Washington era una gran prueba de confianza el dirigirse á Hamilton para explicar á

los americanos todo lo que habia hecho como magistrado, dejando á la América excelentes consejos respecto á la manera de practicar la Constitución. Se conserva el manuscrito de este manifiesto escrito por el mismo Washington; es la redaccion definitivamente adoptada; pero se ven en ese trozo ciertas invocaciones á la concordia, á la union, á la necesidad de establecer un poder fuerte, que parecen haber salido de la mano de Hamilton.

Vuelto Hamilton á la vida privada en 1795, no salió de su retiro hasta una circunstancia memorable: en 1796 se suscitó una contienda entre la Francia y los Estados-Unidos, la que por cierto honra poco al Directorio, y sobre la cual los americanos han conservado detalles que no contienen nuestras historias de la revolucion. En esa cuestion M. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores, y la cuestion *dinero*, desempeñan un triste papel. Sea de esto lo que fuere, las cosas llegaron á tal punto, que la América amenazada creyó necesario levantar un ejército. El presidente Adams ofreció á Washington el mando de este, pero el general declaró que no lo aceptaria, sino con la condicion de que le diesen por inspector general á Hamilton, prefiriéndolo á gefes de mayor antigüedad.

Hamilton fué quien organizó este ejército, y en la época de la muerte de Washington en 1799, fué elevado al rango de general en jefe, aunque sin título oficial, y á pesar de conservar siempre el de coronel en la vida civil.

El 18 Brumario elevó al poder al general Bonaparte, el cual arregló esta cuestion, por tener demasiado de que ocuparse en el continente.

Vuelto á la vida privada en 1801, Hamilton asistió á la ruina de sus esperanzas. El partido á que pertenecía, la idea que él habia defendido y que exajeraba Adams, la idea de un poder central superior á los Estados, fué condenada por la entrada de Jefferson á la presidencia. Desde ese momento Hamilton se consagró enteramente á su profesion de abogado, adquiriendo en ella gran reputacion. Nadie se encontraba mejor dispuesto para conocer los negocios como un ex-ministro de hacienda, ex-administrador y antiguo organizador de un ejército: sabemos que se expresaba perfectamente, y que á este don reunia una fuerza extraordinaria para el trabajo.

Dos autores franceses, Emerigon y Valin, eran sus autores favoritos

Parecia que Hamilton habia renunciado completamente á la vida política, cuando en 1804 tuvo cierta cuestion con un individuo que ocupaba una elevada posicion en América, con el coronel Burr, en ese momento vicepresidente de los Estados-Unidos y candidato para la presidencia en tiempo de Jefferson. Burr, que se presentaba como candidato para gobernador de Nueva-York, se quejó de que Hamilton lo hubiese calificado de hombre peligroso; y poco satisfecho con este juicio, que Hamilton era muy dueño de emitir, lo provocó á un duelo. Sabemos cuál fué la agitacion de Hamilton en esa circunstancia, pensando como pensaba que batirse en duelo era infringir las leyes divinas y humanas. Además, era padre de familia, esposo afectuoso, y sea dicho en su honor, tenia deudas que pagar. Necesitaba vivir para los demas, no para sí. Hamilton salió del apuro como acontece siempre en tales circunstancias, diciéndose: Soy militar y rehusar el duelo será perder toda clase de influjo: aceptó el reto, anunciando á sus amigos que dejaria que Burr disparase dos veces contra él, y que por su parte no haria fuego: así creia conciliar el honor con el deber.

El miércoles 11 de Julio de 1804, Aaron Burr atravesó el North River, para desembarcar en Nueva-Jersey: allí encontró á Hamilton en compañía de M. Pendleton y del doctor Hosack, uno de los primeros médicos de Nueva-York. Hé aquí la relacion que nos ha conservado este último sobre el duelo:

«Burr tiró primero, la bala penetró por el costado derecho de Hamilton, pasando al traves de las vértebras.—Cuando el coronel recibió el balazo se puso involuntariamente de puntillas y giró á la derecha: en ese instante se disparó su pistola, y cayó boca abajo. Yo me precipité hácia él; cuando llegué estaba sentado, y descansaba en brazos de Pendleton: tuvo suficiente aliento para decirme: Doctor, estoy mortalmente herido; desmayóse en seguida, y todos le creimos muerto. Le embarcamos, y permaneció insensible hasta la distancia de quinientas toesas de la orilla: nuestro auxilio le volvió á la vida, y dijo: Tengo nublada la vista.—Poco despues, apercibiendo su pistola agregó (sin saber que estaba vacía): Tened cuidado con mi pistola que está cargada y montada. Pendleton sabe que no tenia intencion de descargarla.

«Al aproximarse á la orilla me dijo: Enviad á buscar á madama

«Hamilton, prevenidla de lo ocurrido, pero poco á poco; dejadle alguna esperanza.

«Vivió hasta las dos del dia siguiente: toda su preocupacion era su «pobre muger y sus hijos. Me hablaba de ellos á cada momento, dándoles los nombres mas tiernos.

«A pesar de lo terrible de su situacion, su energía no le abandonaba: sin embargo, una vez solo, pareció faltarle el valor, al ver á sus «siete hijos al rededor de su lecho. Abrió los ojos, los fijó en ellos dolorosamente y volvió á cerrarlos para no abrirlos hasta que estos desaparecieron.

«Elisa querida, decia con acento firme y sentido, dirigiéndose á su «muger desolada; acuérdate de que eres cristiana.»

Así murió desgraciadamente, á los cuarenta y siete años, un hombre que habia desempeñado tan bello papel en América, y que parecia destinado á prestar servicios mayores aún, atendida su edad. Militar, escritor, estadista, financiero, abogado, siempre se le vió á la altura de su rango, y fué siempre el mismo, jovial, ardiente, resuelto; tan frio en el campo de batalla, como en los estrados de los tribunales de Nueva-York; tan decidido abogado, como intrépido capitán. Este suceso cubrió de luto á la América, y con tanta mayor razon, cuanto que su adversario gozaba de poca estima, opinion que éste justificó algunos años mas tarde. En 1807 se le vió comprometido en una empresa que pudo producir una revolucion en los Estados-Unidos; el plan que tenia era ganarse los Estados del Oeste, enseñorearse de la Nueva-Orleans, y conquistar á México.

Fisher Ames escribió una noticia sobre la muerte de su amigo Hamilton, en la cual le compara á Germánico arrebatado al amor del pueblo romano, y agrega: que la América media la profundidad de su pérdida por lo que Hamilton habia hecho por ella; pero que ignoraba lo que habria podido servirla todavía. Bello, noble pensamiento; pero cualquiera que fuese el genio y el patriotismo de Hamilton, su carrera estaba concluida. Sucede siempre á los organizadores, ya sea en hacienda, ó en otras cosas, que si no mueren oportunamente, la nueva generacion olvida lo que han hecho, para fijarse solo en los defectos de la obra: tal es la historia de Hamilton. El pueblo americano, que disfrutaba de la libertad, olvidaba á aquellos que se la habian dado: el

partido democrático, encabezado por jóvenes ardientes, menospreciaba á Hamilton por federalista, es decir, por opositor á la independencia local, y lo consideraba casi como enemigo del país.

Pero ¿será preciso acaso quejarse de que la América se haya mostrado ménos generosa con Hamilton que con sus otros favoritos? Después de todo, ¿su vida no es una de las mas bellas que se puedan concebir? Por lo que hace á mí, compadezco mucho á los hombres que viven en un país, sin libertad; un hombre de talento, un patriota que nace hoy en Polonia, ó en Venecia, es un desgraciado. Comprender la libertad, amarla y no poder servirla, es lo que yo llamo ser víctima del destino; pero luchar en un país libre, combatir al adversario injusto ó violento, si se quiere; pero combatirlo en plena luz, teniendo á la patria y al porvenir por jueces, vencer hoy, y ser vencido mañana, esta es la vida, no hay por qué quejarse; y yo creo que Hamilton pudo llamarse feliz. Su vida fué intensa, activa, á la par que bella y noble, tal cual puede soñarla la imaginacion mas ardiente. Como soldado, combatió por la independencia de la patria; como legislador, fundó una constitucion, que debia procurar la ventura de su país; como ministro restableció la fortuna y el crédito de la América; luchando en la tribuna y en los campos de batalla, conquistó ademas la honra de ser amigo de Washington. ¡Feliz mil veces, pues consiguió realizar el sueño de sus primeros años!

Añádase á esto, que su conciencia debia hacerle justicia: él habia sido el amigo verdadero del pueblo, á quien nunca aduló, apelando á su razon siempre, hablándole la verdad, sin contemporizar jamas con las pasiones del momento; en fin, teniendo la dicha de morir joven, cubierto de gloria y dejando en pos de sí los mejores recuerdos. ¡Hay suerte comparable á la de aquel, en cuyo sepulcro puede escribirse: «Este hombre amó sobre todas las cosas, la patria, la justicia, y la libertad?»